Pierre de Provence

Historia del esforzado caballero

Madrid

[1894?]

Reel: 41 Title: 11

BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION

Master Negative Storage Number: OCl00041.11

Control Number: ADT-0626
OCLC Number : 29659755
Call Number : W 381.568 H629 v.1 HISPI
Author : Pierre de Provence et la belle Maguelonne. Spanish.
Title : Historia del esforzado caballero Pierres de Provenza y la hermosa Magalona.
Imprint : Madrid : Hernando, [1894?]
Format : 32 p. : ill. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Caption title: Historia de Pierres y Magalona.
Note : Title vignette.
Subject : Chapbooks, Spanish.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9/27/94
Camera Operator: DR

(CUATRO PLIEGOS)



HISTORIA

DEL ESFORZADO CABALLERO

PIERRES DE PROVENZA

Y LA HERMOSA MAGALONA

DESPACHOS:

MADRID
Hernando, Arenal, 11.

BARCELONA
Bou de la Plaza Nueva, 13.


ES PROPIEDAD

HISTORIA

DE

PIERRES Y MAGALONA.

CAPITULO PRIMERO.

Nacimiento, patria y educacion de Pierres de Provenza.—Pide licencia á sus padres para salir á ver mundo, y se la conceden.

En un pueblo de Provenza vivia un noble conde llamado Juan de Silisa, casado con una hermosa matrona, hija del conde don Alvaro, de cuyo matrimonio tuvo un hermoso hijo, á quien pusieron por nombre Pierres, al cual dotó la naturaleza de las mejores y mas relevantes prendas, y sobre todo era el mas esforzado caballero de aquella provincia. Amábanle sus padres tiernamente, tanto por ser único, como por verlo tan querido de todos, así nobles como plebeyos.

Dispusieron los amigos y apasionados de Pierres un torneo por verle en el manejo de las armas, en el cual hizo tales y tan grandes proezas, que á voto de todos los jueces ganó cuantos premios se compitieron; y como á este torneo vinieron varios caballeros de diversas tierras, uno de ellos le dió noticia á Pierres de unas justas, que dentro de poco tiempo se habian de efectuar en Suecia, en las que se de-

bia de hallar la princesa Magalona, hija del rey Turlino, cuya dama era la mas hermosa y agraciada que habia en el reino, y era pretendida de muchos príncipes y esforzados caballeros.

Grandes deseos puso este caballero en el corazon de Pierres de ir á dichos torneos, tanto por la mucha aficion que tenia á las armas cuanto por ver la hermosura de la Magalona que tanto le encareció, y así le dijo Pierres al caballero: creo que allá nos veremos, pues si mi padre no me da licencia para ir al descubierto como caballero iré aunque sea en clase de aventurero.

Con esto se despidió el caballero, y llegado el tiempo del torneo, se determinó Pierres á pedir licencia á sus padres para ir á él; y estando un dia paseándose juntos por el jardin, se hincó Pierres de rodillas delante de sus padres, y con mucho encarecimiento y humildad les pidió la licencia que solicitaba; y oida por el conde su pretension le dijo: muy caro y amado hijo mio, bien sabes que no tenemos otro hijo mas que tú, que eres el heredero de todos nuestros estados, y que te amamos con singular afecto; por lo cual yo no quiisera que te apartaras un instante de mi presencia, pues luego que te ausentas me parece que no te he de volver á ver; yo quisiera que fueras, por darte gusto, pero me temo algun infortunio, y si te sucediese, por desgracia, al punto acabaria con mi vida. Con muy afectuosas instancias volvió á pedirle Pierres á su padre le otorgara lo que le suplicaba; y viendo el conde á su hijo Pierres arrodillado á sus pies, no tuvo valor para negarle la licencia que le pedia, y así le dijo: Pierres, te concedemos tu madre y yo la licencia que nos pides, con tal que en todos los casos te portes con la decencia y esplendor que á tu nacimiento corresponde, cuidando mucho de acompañarte con buenos caballeros y huir de los malos; y asimismo te encargo encarecidamente te portes en todas tus operaciones como buen cristiano, guardando con todo el cuidado posible los preceptos de nuestra santa fé católica, que haciéndolo así todo saldrá con felicidad; tambien espero de tu obediencia y buena crianza, no dejarás de escribirme todo lo que te suceda, y que no te detendrás mas tiempo del que fuere preciso. Esto te ruego como amigo y te lo mando como padre: mañana puedes elegir los criados que mas te gusten para que te acompañen, y asimismo las armas y caballos que quisieres, como tambien el dinero, joyas y vestidos que mas te agraden.

Muy atento estuvo Pierres arrodillado delante de su padre oyendo cuanto le decía; y luego que acabó el conde su razonamiento, besóle Pierres la mano, y le dió las gracias por la merced que le acaba-

ba de conceder. La condesa su madre, lo abrazó estrechamente, le dió tres anillos de muchísimo valor, reiterándole con muchas lágrimas cuanto su padre le habia dicho.

Al dia siguiente eligió Pierres criados, armas, caballos, joyas y dinero, y muy bien armado se fué á despedir de sus padres, los cuales con muchas lágrimas le echaron la bendicion y le volvieron á encargar no se olvidara de escribirles, dándoles cuenta de todas sus aventuras. Pierres les ofreció hacerlo así, y despidiéndose del conde, la condesa y demás familia, dió principio á su jornada. Pocos dias tardó Pierres en llegar á Suecia, y habiendo entrado en la corte se informó con mucho cuidado y reserva de las cualidades y hermosura de Magalona, y de quiénes eran los caballeros aventureros que habian venido al torneo; de cuyos informes entendió, que en hermosura, afabilidad y virtudes, no tenia la preciosa Magalona quien la igualara en el mundo; y con respecto á los caballeros, supo que habia muchos y esforzados; pero que con espcialidad se llevaba las atenciones del rey Turlino y de la hermosa Magalona, un caballero llamado Michér de Carpona, el cual era el mas valeroso y galan que se habia conocido en aquellos paises.

CAPITULO II.

Toma parte Pierres en las justas de la corte de Suecia, en las cuales gana todos los premios.—Ve á Magalona y queda prendado de su hermosura

Habiéndose informado Pierres de cuanto quiso saber, se anduvo paseando por la corte ocho dias que quedaban hasta el de las justas, en cuyo tiempo tuvo ocasion de ver á la hermosa Magalona, que en una carroza salia á pasear y divertirse con su madre y otras damas. Atónito, como fuera de sentido, quedó Pierres al ver la extremada hermosura y gallardía de Magalona; y de tal forma les robó la potencias y sentidos, que sin poderlo resistir le dedicó todo su afecto. Tan perdidamente enamorado estaba mirando á su idolatrado dueño, que sin reparar la nota que daba, dió lugar á que muchos observasen su extraordinaria aficion.

Retiróse la carroza, y Pierres se fué á su posada tan enamorado de Magalona, que no pensando en otra cosa mas que en ella, apenas ha-

blaba palabra que no fuera en alabanza de su querida Magalona, deseando que llegara el dia de las justas para volverla á ver. Llegó el dia señalado: mandó Pierres enjaezar diez caballos con muy lucidas armas y costosísimas cubiertas de brocado verde, que significaba esperanza, los que encargó á diez criados que le servian, vestidos del mismo color, y él tomó para sí un poderoso caballo; y armado con muy fuertes y costosas armas y un morrion dorado, en el cual puso dos llaves por divisa, se fue al sitio señalado para las justas. Entraron en la plaza, en la cual estaba colocada en un respetable catafalco la hermosa princesa Magalona, vestida de costosísimas galas, sentada bajo un hermoso pabellon guarnecido de preciosísima pedrería; estaba tan hermosa que mas parecia un ángel que criatura humana, acompañada del rey, la reina y veinte lindas damas que la servian.

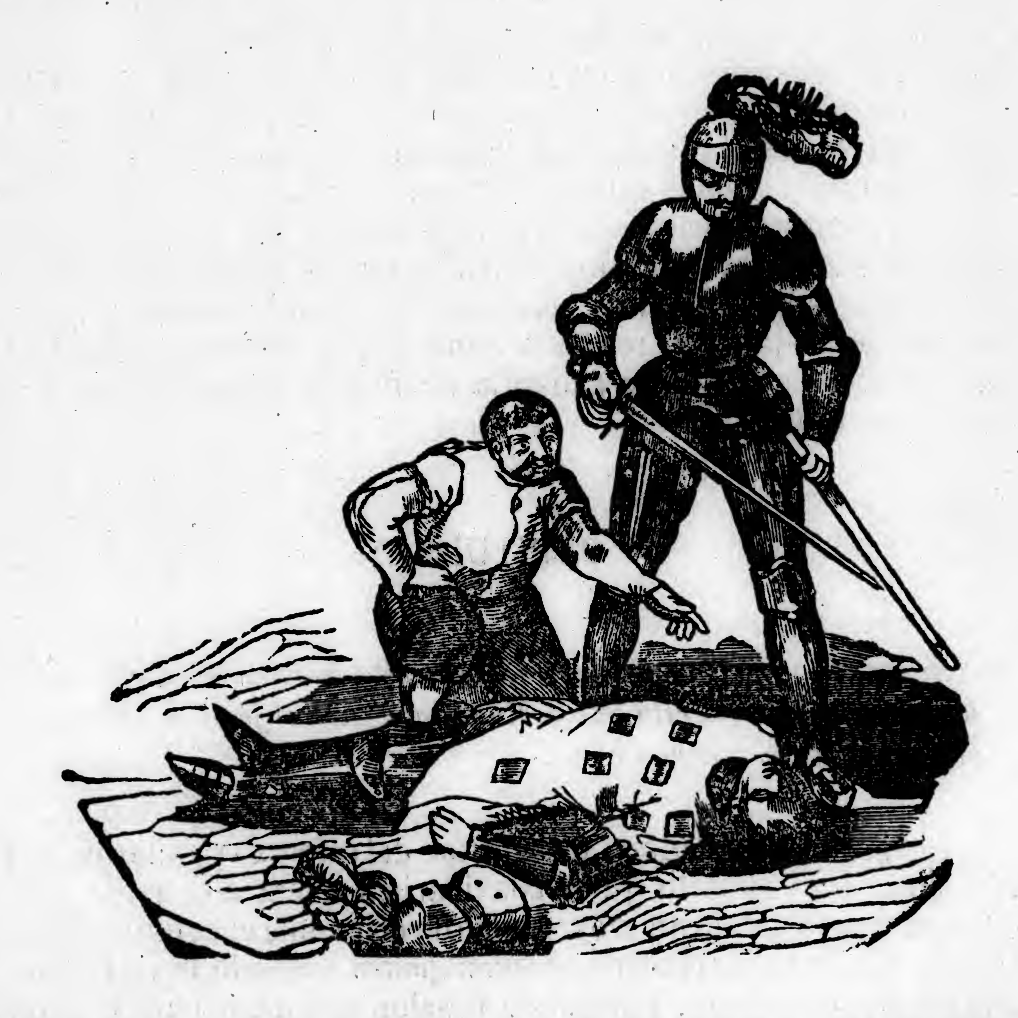
Cerca de este catafalco habia otro no menos costoso, en el cual estaban los jueces que habian de clasificar la justa; á otro lado habia un palenque, donde estaban doscientos caballeros, que eran los mantenedores de la justa; y al lado contrario estaban doscientos aventureros, á los cuales, como mas resueltos, se incorporó Pierres.

Puestos todos en órden, hicieron la señal del combate, la cual no advirtió Pierres por estar distraido en mirar á la hermosa Magalona, y reparando uno de los mantenedores que Pierres estaba descuidado, se lanzó á él; mas Pierres se apercibió, y fué tan grande el bote de lanza que le dió, que pasándole el escudo le atravesó el pecho; de cuya herida cayó muerto en tierra. Por vengar esta muerte se vino á Pierres otro de los mantenedores, pero no fue mas afortunado que el primero, pues fué tan fuerte el encuentro, que Pierres le derribó del caballo. A este desempeño salió otro, y haciéndole la señal á Pierres que se apartara de los demas compañeros, fueron tan recios los encuentros, que ya no podian mas los caballos; pero Pierres le dió tan fuerte bote de lanza, que falseándole el escudo lo pasó por medio del cuerpo y llegó la lanza á las ancas del caballo; con cuyos golpes y hazañas se llevó el aplauso de todos los circunstantes, y á una voz decian, que el caballero de las llaves se llevaba lo mejor de la justa.

Mucho miraba la hermosa Magalona al caballero del traje verde y llaves, y decia á sus damas: si este caballero es tan galan á pie como lo es á caballo, desde luego puede asegurarse que es el mejor que hay entre los de la justa.

Viendo otro de los mantenedores que Pierres llevaba lo mejor del combate, salió á él con mucho denuedo por vengar los descala-

bros cansados á sus compañeros; y viéndole delante del palenque, se fué para él con una gruesa lanza; Pierres que lo vió venir, salió y se encontraron con tanta violencia, que ambos quebraron las lanzas sin reconocer ventaja en ninguno, y metiendo mano á las espadas, fueron tantos y tan recios los golpes que se tiraban, que ya cansados los caballos apenas los podian manejar. Viéndose en este estado, echaron pie á tierra y á los primeros encuentros le tiró Pierres á su competidor tan fuerte revés en un brazo, que cercenada la mayor parte de él, era tanta la sangre que le salia de la herida, que ya sin fuerza cayó como muerto en tierra, en cuyo estado acudió un paje suyo á socorrerle.



A este tiempo los demás caballeros, aventureros y mantenedores trabaron tan cruda y sangrienta lucha, que de una y otra parte mu-

rieron muchos. Viendo esto Pierres, puso mano á su espada, y entrándose por sus enemigos como un leon furioso, fueron tales y tan grandes los tajos que daba á todas partes, que atemorizados los contrarios en vista de tanto arrojo, ya no le esperaban ni se atrevian á hacerle frente.

Muy cuidadoso andaba Pierres en socorrer á los que de su bando veia en mas peligro, y reparando en que Michér de Carpona lo tenian cercado mas de veinte contrarios, para quitarle la vida, se fué hácia ellos, empuñando la espada en la mano, y fueron tantas las cuchilladas y reveses que tiró, que matando á muchos é hiriendo á todos, sacó del peligro á Michér de Carpona, con cuyo motivo quedaron muy amigos en adelante.

Tan desesperadamente peleaba Pierres ayudado de Michér, que en breve tiempo destrozaron y desbarataron el partido contrario, de tal forma que ya no habia ninguno que se les pusiera delante, con cuyo motivo cesó la justa, y declararon los jueces haber ganado todo el premio de ella el esforzado Pierres, á quien todos los caballeros y aventureros dieron mil enhorabuenas y plácemes. Retirándose del catafalco el rey, la reina, Magalona y los jueces, Pierres, acompañado de toda la nobleza, con muchos víctores y festejos, se fue á su posada, dejando al rey, á la reina y á la hermosa Magalona tan enamorados de su mucha gallardía y esfuerzo, como á cuantos le habian observado.

CAPITULO III.

El rey convida á comer á Pierres, y con esta ocasion empezaron los galanteos y se dieron cita este y Magalona para el jardin, donde se vieron y hablaron muchas veces.

Tan prendado quedó el rey Turlino del esfuerzo y gallardía de Pierres, que para festejarlo quiso convidarlo á comer á su mesa el dia siguiente: y así le envió un mayordomo ofreciéndole el convite. Pierres lo aceptó, y á la hora señalada se fué al palacio, donde le recibieron con mucha magnificencia, y llegando al salon destinado para el banquete se sentaron en las mesas, en las cuales estaba el rey, la reina y la hermosa Magalona; pero Pierres, llevado de la hermosura de su que-

rida Magalona comia muy poco, pues no quitaba la vista de su rostro. Luego que se levantaron de las mesas, dieron principio á algunas conversaciones sobre las celebradas justas, y entre ellas interpeló el rey á Pierres diciéndole, qué clase de persona era y de qué nacion. A lo que respondió el Provenzano: yo, señor, soy un sencillo caballero, de nacion francés, que ando por el mundo en busca de aventuras. Conociendo el rey que ocultaba su verdadera posicion, y que segun su porte y esfuerzo era de mucho mas elevada clase de lo que él decia, no quiso insistir en volver á preguntar nada sobre esta materia; pero mandó secretamente á sus mayordomos tratasen de averiguar por todos los medios posibles la verdadera procedencia de aquel caballero.

Concluida la conversacion, se dió principio á un magnifico sarao, en el que danzaron con mucha gracia Pierres y Magalona, la cual, con todo el sigilo posible, tuvo destreza para decir disimuladamente á Pierres, que si era gustoso, ella proporcionaria sitio y ocasion en que pudieran hablar largamente; y acabado el sarao se retiraron á sus aposentos la reina y Magalona, y despidiéndose Pierres de las personas reales se marchó para su posada.

Tan enamorados quedaron, Pierres de su querida Magalona y ella de su apasionado Pierres, que no les era posible vivir sin verse, ni sosegar sin hablarse; y viendo Magalona que era imposiple poder efectuar la cita que tan de veras deseaba, sin valerse del favor y ayuda de alguna de su camareras, determinó servirse del ama que la habia criado, á la cual encarecidamente la contó sus amores suplicándola con mil ánsias y ofrecimientos la ayudase en tan importante asunto. El ama, aunque al principio se resistió algo, al fin, con los ruegos y lágrimas de Magalona ofreció hacer cuanto estuviera de su parte; y así, disfrazada fué á buscar á Pierres y le dijo, que á las doce de la noche siguiente lo esperaba por la puerta falsa del jardin, en cuyo sitio estaria ella, y con el sigilo correspondiente lograria ver y hablar á Magalona. Mucho agradeció Pierres esta favorable noticia, y despues de haberla dado al ama una joya de mucho valor en justa recompensa de tan interensante servicio, la dijo que sin falta estaria en dicho sitio á la hora señalada.

Llegada la noche y la hora citada, se fué Pierres hácia el dicho sitio, y hallando la puerta franca, entró en el jardin, donde efectivamente encontró al ama, la que le llevó á una hermosa fuente, donde estaba esperándole su querida Magalona, la cual le recibió con mucha ternura y cortesía, y antes de dejarle hablar le dijo Magalona, si

le daba palabra de á fe de caballero de decirla la verdad en cuanto le iba á preguntar. Pierres, con mucha política, le prometió que sí, en cuyo supuesto le preguntó Magalona cómo se llamaba, quiénes eran sus padres y de qué provincia era. A lo que respondió Pierres: señora, yo soy hijo del conde de Provenza y natural de la provincia de este nombre, y cuando salí de ella hice firme propósito de no decir á nadie mi nacimiento, ni de qué linaje era, pero no siendo lícito negarlo á vuestra alteza, he quebrantado el empeño que tan firmemente me propuse, con la confianza de que no lo revelareis á nadie, guardando religiosamente el secreto.

Magalona ofreció reservárselo, y así, entre dulces y amorosos coloquios pasaron el resto de la noche; y antes de despedirse le dió Pierres á Magalona un hermoso anillo en señal de su afecto, y Magalona dió á Pierres una hermosa cadena de oro en comprobacion de que aceptaba el anillo.

En esta forma se vieron y hablaron mucho tiempo, hasta que la fortuna quiso privarles por algunos dias de los placeres y glorias que disfrutaban, como se verá en el capítulo siguiente.

CAPITULO IV.

Gana Pierres los premios de las justas que se hicieron, por motivo de haberse presentado un caballero pretendiendo la mano de la hermosa Magalona.

Habia en Suecia un noble y rico duque, tan esforzado como galan, al cual llamaban Jorge de la Colona: este caballero amaba con mucho extremo á la hermosa Magalona, y viendo que sus finezas no hacian el efecto que él apetecia, para ver si la podia obligar con su esfuerzo y valentía, pidió al rey le hiciera la honra de publicar unas nuevas justas, pues no habia podido asistir á las anteriores por hallarse ausente: el rey que lo queria mucho, se lo otorgó y señaló dia. Fueron pregonadas dichas justas á las que no podia dejar de asistir Pierres como privado y querido del rey, el cual quiso que este ajustara los partidos y pusiera los capítulos y condiciones que en dichas justar se habian de observar, con cuyo motivo, tenia que asistir á palacio todas las noches para evacuar los encargos que el rey le habia confiado; cosa muy bastante para impedirle el trato y comunicacion

con su querida Magalona, la cual estaba muy pesarosa de la comision que su padre el rey habia dado á Pierres, pues estas ocupaciones impedian verle en las nocturnas citas, y asimismo sentia la obligacion que se le habia impuesto de tener que mantener, durante el torneo, los tratados y condiciones entre los combatientes, de cuya comision le podian resultar muchos disgustos y sinsabores; pero como ni uno ni otro podian remediarlo, les fué preciso conformarse.

Llegado que fué el dia aplazado, se presentaron en la capital de Suecia muchos esforzados y bizarros caballeros, entre los cuales vinieron varios príncipes de distantes naciones, y entre estos un hermano del Conde de Provenza, tio de Pierres, el cual, sin saber que estaba allí su sobrino quiso hallarse en estos torneos. Ya todo prevenido con la ostentacion y majestad que antes se ha dicho, fueron entrando todos los caballeros en la plaza; y haciendo la debida reverencia al rey, á la reina y á la princesa Magalona, fué cada uno ocupando su respectivo puesto. Despues entró Pierres, el último, vestido del mismo color que en las anteriores justas, pero con distintas ropas y diversas libreas en sus criados, las armas eran tambien otras, y en el morrion traia las llaves que se le habian visto antes. Paseó la plaza con tanta bizarría, que se llevó el afecto de todas las damas, y en particular el de su querida Magalona, que no cesaba de mirarlo.

Cuando vió el rey que todo estaba aprestado, mandó hacer la señal de combate, y en el acto se presentó el primero Jorge de la Colona, como motor de aquellas justas, y dijo en alta voz: «el que tenga valor suficiente para batirse conmigo, que salga á la demanda, que aquí lo espero.» Salió á él don Enrique de Canturria, que era muy esforzado caballero; pero teniendo menos dicha que valentia, á los primeros encuentros cayó en tierra mal herido. Salió en seguida al desempeño don Lanzarote de Valois, y derribando del primer encuentro á Jorge de la Colona, por haber tropezado su caballo, quiso don Lanzarote herir en tierra á Jorge, contra las leyes y capítulos que se habian impuesto en el torneo; visto lo cual salió Pierres á la defensa, pero no atendiendo Lanzarote á los cargos que le hizo Pierres, se vino á él con lanza en ristre para herirle; Pierres le esperó, y fué el encuentro tan recio que no pudiendo resistirlo los caballos cayeron de ancas y quedaron ambos desmontados. Viendo el rey que la falta habia estado en los caballos, mandó que tomaran otros y siguiesen el combate; hízose como el rey lo mandó y siguiendo la deman-

da fueron muchos los encuentros y golpes que se dieron, sin reconocerse ventaja en ninguno. Viendo Pierres el mucho esfuerzo de su competidor, empuñó la lanza con firmeza y arremetió á Lanzarote con tanta ferocidad que no pudiendo resistir el encuentro, falseándole el escudo le hirió Pierres tan gravemente en un muslo, que desangrado cayó mortal en tierra.

Mucho se holgó de esta victoria la hermosa Magalona, que con no poco cuidado y pena estaba contemplando el grande riesgo en que se hallaba su querido Pierres, por ser Lanzarote de los mejores y mas esforzados caballeros que se conocian en aquel reino.

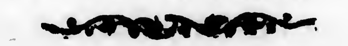
Don Jaime de Provenza, tio de Pierres, teniendo por muerto á su amigo Lanzarote, muy colérico salió contra su sobrino, sin conocerle. Cuando Pierres vió que su tio venia hácia él, le dijo á uno de los caballeros mantenedores: decidle á ese caballero que yo no tengo por conveniente combatir con él, por haber recibido de su mano muchos y grandes favores, por cuyo motivo no le quiero ofender, y que estoy pronto á confesar delante del rey y de las damas que es mejor y mas valiente que yo.

Entendido por don Jaime lo que decia su sobrino Pierres, respondió: decid á ese caballero, que los obsequios ó favores recibidos en tiempo de paz no se oponen al duelo en la guerra: que el confesar que soy mejor caballero que él sin que lo acrediten mis hechos mas es infamia que honor; y así, que se aperciba para el combate: y diciendo esto se vino para Pierres, el cual, no queriendo herir á su tio, levantó la lanza y recibió tan fuerte golpe en el pecho que cayó de espaldas sobre las ancas de su cadallo. El rey, los jueces y todos los circunstantes conocieron muy bien que Pierres no habia querido herir á su contrario, y considerando el rey que el no haber querido defenderse contra él, seria por algun secreto motivo que se lo impidiese, mandó cesar el combate entre los dos y que siguiera la justa, la cual se ensangrentó de una y otra parte tan encarnizadamente, que muchos caballeros quedaron fuera de combate.

La lucha desde aquel momento se hizo mas terrible; esforzados campeones de uno y otro partido, como se ha dicho, yacian cadáveres en tierra y la mayor parte de los restantes estaban heridos. La vista de los muertos infundia nuevo valor y despecho en sus compañeros, cuyas miradas á través de las entreabiertas viseras lanzaban una luz semejante á la del relámpago, precursor de la tormenta. Conociendo los caballeros mantenedores que Pierres era el mas temible de sus contrarios, unieron contra él sus principales esfuerzos; tres caballe-

ros cerraron contra él una lucha desigual. El poderoso Provenzano, no obstante, parecia indiferente á los golpes que volaban alrededor de su cabeza, y los contestaba con la misma destreza y rapidez que los recibia.

Entretanto don Jaime de Provenza, enojado de no haber podido trabar combate con su desconocido sobrino Pierres, andaba entre los contrarios como un leon sangriento, hiriendo y matando cuanto alcanzaba, lo cual visto por Michér de Carpona, por vengar el agravio hecho á su amigo Pierres, se fué á él y del primer encuentro le derribó del caballo herido de muerte. A este tiempo Pierres en medio de sus enemigos, conseguia tales y tan grandes ventajas, que ya no habia quien se le pusiera delante, con cuyo motivo mandó el rey que se acabasen las justas, y que á voz de pregonero se publicara que el caballero de las llaves habia ganado todos los premios y honores del torneo. Esta declaracion hizo concebir á Pierres un fundado precedente de que el triunfo conseguido por su incontrastable esfuerzo, seria recompensado, otorgándole la mano de la hermosa Magalona. Los caballeros se fueron á sus posadas muy confusos por no poder saber quién era aquel desconocido que con tanta cortesía, gala y valor, habia ganado toda la honra del torneo. A su palacio se retiró el rey, la reina y la hermosa Magalona, la cual estaba frenética y cada vez mas enamorada y gustosa de ver las muchas hazañas que habia hecho su querido Pierres, al cual convidó á comer otra vez el rey al dia siguiente, y á presencia de toda la córte le hizo muchas honras y mercedes, diciéndole: no puedo menos, noble campeon, de daros la mas completa y satisfactoria enhorabuena por el valor y bizarría que habeis manifestado en las justas: y desde ahora sereis considerado con el respeto y veneracion que mereceis, como el mejor caballero de cuantos se han presentado en el campo. Cuyos obsequiosos elogios llenaron de gozo el tierno corazon de Magalona.



CAPITULO V.

Saca Pierres una noche del palacio á la hermosa Magalona, y el rey despacha muchos postas en su seguimiento.

Sosegado ya el palacio y la córte de la agitacion y alborozo de las justas, tuvo lugar Pierres de volver á ver y hablar á la hermosa Magalona, la cual le dió mil parabienes por lo bien que habia desempeñado las justas, á lo que respondió Pierres, que todo lo debia á su mucha hermosura, y no al esfuerzo de su brazo. Entretenidos en amorosos coloquios pasaron muchos dias y noches; y al cabo de algun tiempo, viendo Pierres que el rey no determinaba dar estado á Magalona, le dijo á esta un dia, por ver lo que decia ella, que habia pensado, con su licencia, ausentarse de la córte por unos dias para dar la vuelta á su casa y visitar á sus padres, á los cuales los juzgaba muy deseosos de verlo, y que en muy breve tiempo daria la vuelta.

Confusa se quedó la hermosa Magalona al oir de su querido semejante proposicion, y aunque consideraba ser justa la causa de su partida, con todo, no se quiso conformar con dejarlo ir quedándose ella, y determinada á seguirle, le dijo: á mejor partido tomaré irme contigo, bajo palabra que como buen caballero me tienes dada de ser mi esposo, que quedarme sin tí, por muchos motivos, y el principal es, porque sé que mi padre tiene tratadas mis bodas con persona que yo aborrezco.

Muy agradablemente sorprendido y satisfecho quedó Pierres con la determinacion de Magalona, y la dijo: nunca pensé, señora mia, merecer de vos favor tan singular; pero supuesto que estais determinada á seguirme, yo os empeño segunda vez mi palabra, bajo la ley de caballero, cuya órden profeso, de celebrar con vos mis bodas luego que lleguemos á los dominios de mis padres, y hasta entonces guardar y custodiar vuestro honor, segun y conforme lo tengo ofrecido. Ya rayaban los primeros albores de la aurora, con cuyo motivo se despidieron los dos finos amantes, dejando concertada su partida para la noche siguiente,

Retirado Pierres á su posada, previno todo lo necesario para la jornada, y llegada la noche y hora señalada se fué hácia el jardin,

cuya puerta halló cerrada; pero asomándose su querida Magalona por una ventana baja del palacio, le hizo seña con un pañuelo, visto lo cual por Pierres se acercó, la tomó de la mano para bajarla, y con el sigiló que el caso requeria, montaron en dos ligeros caba-



llos que de antemano tenian dispuestos, y caminaron con tanta velocidad, que cuando amaneció estaban á ocho leguas de la córte. Retiráronse para pasar el dia á un espeso y oculto monte, en el cual estuvieron descansando, hasta que llegada la noche siguieron su camino.

Dejémoslos ir y volvamos á ver lo que sucedió en palacio luego que se supo la ausencia de Magalona. Llegada la mañana pasó el ama como lo tenia de costumbre, al retrete de Magalona, y no hallándola en él, anduvo por todo el palacio buscándola; fué al piso bajo y hallando una ventana abierta se persuadió en que su señora

se habia ausentado del palacio aquella noche. Pasó á los cuartos del rey, y con muchas lágrimas y exclamaciones le contó lo que pasaba. Colórico y enojado el rey con la noticia, mandó que luego al punto salieran postas por todos los caminos, y que donde quiera que la hallaran, así á ella como á los que la acompañaran, los detuvieran y trajeran presos á su presencia, ofreciendo grandes premios al que consiguiera esta prision. Salieron los postas y recorriendo todo el reino sin poder hallar ni aun noticia del rumbo que habian llevado, por lo cual el rey se enojó sobremanera y ofreció nuevos premios al que le diera noticia de su hija Magalona, pero todo en vano, pues no fué posible descubrirla.

CAPITULO VI.

Estando Pierres y Magalona á la orilla del mar, una ave de rapiña se llevó una cinta con tres anillos de Magalona, y por recobrarla Pierres se entró en el mar, y dando con una embarcacion de moros le cautivaron llevándole á Constantinopla.

Con indecible gusto caminaron estos dos finos amantes tres noches, y al cuarto dia determinaron pasarlo en una hermosa alameda que estaba cerca de la orilla del mar, en cuyo frondoso y deleitable sitio se apearon de los caballos, y despues de haber tomado algun alimento rogó Pierres á Magalona se recogiera á descansar un poco, pues con las tres noches que habian caminado estaba fatigada por la falta del sueño. Magalona á ruegos de su querido Pierres, determinó descansar, y para hacerlo se quitó del cuello una hermosa cinta encarnada, en la cual llevaba pendiente los tres hermosos anillos que su madre dió á Pierres al punto de su partida, los cuales le habia regalado Pierres á Magalona: esta se los quitó de encima, como se ha dicho, y poniéndolos sobre una piedra se recostó á descansar. Quedóse dormida, y á poco rato reparó Pierres que una ave de rapiña se llevaba en las garras la cinta con los tres anillos, tal vez engañada por ser la cinta de color encarnado, pensando era carne lo que rapiñaba, púsose en uno de los álamos que estaban á la orilla del mar, y desengañada de que lo que tenia en las garras no era carne, soltó la cinta, la cual, llevada de un fuerte viento que corria fué á parar dentro del mar.

Observado por Pierres el suceso, y pensando cómo podria salvar la cinta, empezó á discurrir y andar de una parte á otra sin hallar medio para poder llegar al sitio donde estaba la cinta que se divisaba sobre el agua; y reparando que á poca distancia habia á la misma orilla una barquilla, que parecia ser de pescadores, se fué á ella, y tomándola, la dirigió como pudo hácia donde estaba la cinta, á la cual no pudo acercarse tan fácilmente como en un principio creyó, pues el mucho viento que corria lo metió por la mar adentro, tanto que sin poderse valer por la falta de remos y con la violencia del movimiento de las aguas, en poco rato perdió de vista la playa.



Fué tanta la pena que al noble Pierres le acometió considerando el peligro en que se hallaba y en el que dejaba á su amada Magalona, dormida y sola en aquel desamparo, que de la angustia estuvo cerca

de perder los sentidos. Por una parte consideraba la mucha pena y sentimiento que Magalona recibiria cuando le echase de menos, creyéndose acaso abandonada de su amante, y por otra le despedazaba el corazon la memoria de que no la volveria á ver, probablemente jamás. Ya en su frenético delirio le parecia que veia á Magalona sola y perdida en aquellos montes, sin conocer á nadie ni saber qué hacerse; y ya se le figuraba que estaba en los últimos instantes de su vida, porque la borrasca que corria era tan fuerte, que unas veces parecia chocar la barquilla con las nubes y otras rozaba con las mas profundas arenas.

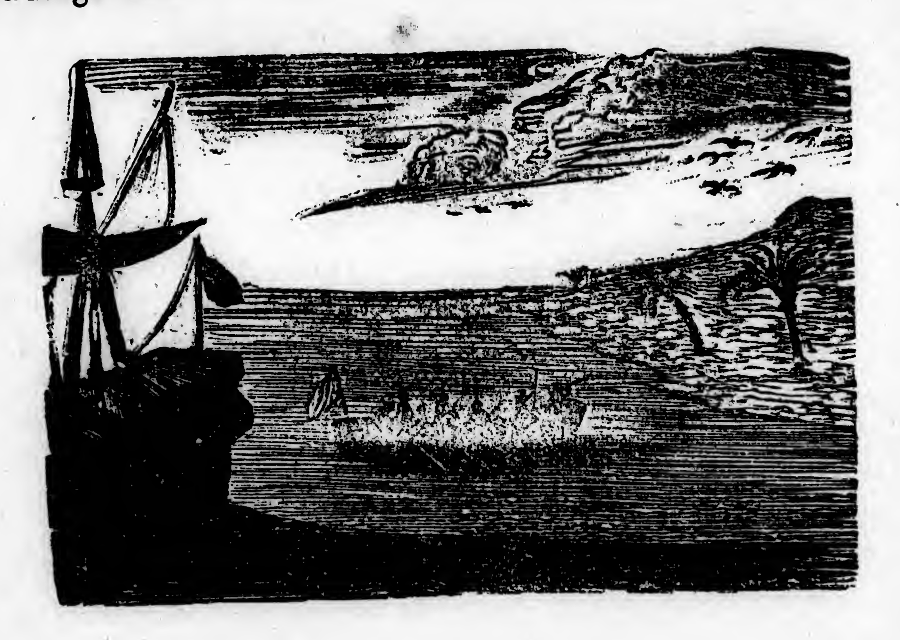
A pesar de tan inminente peligro, navegaba impávido el noble Pierres y con serenidad por donde las aguas lo querian llevar, esperando con gran resignacion la suerte que la Divina Providencia le tenia reservada. Perdidas ya las esperanzas por ver la barca casi mediada de agua, aguardaba de un instante á otro quedar sepultado en aquel soberbio elemento; pero la suerte quiso que no sucediese así, pues corriendo igual tormenta una fragata de moros que á la sazon navegaba por aquellos mares, divisaron la barquilla, que las olas fueron aproximando al buque, y llegándose á ella se apoderaron del desdichado Pierres, el cual estaba tan fuera de sentido, que hasta pasado mucho tiempo no supo en poder de quién estaba.

Sosegada la borrasca dieron vuelta á Constantinopla, y llegados á aquella capital presentaron el cautivo Pierres al gran sultan, el cual viéndole tan bizarro y galan, lo estimó en mucho y le hizo su paje de cámara desde aquel momento. Viéndose Pierres en tan lamentable estado, se resolvió á servir y dar gusto al sultan, y lo hizo con tal gracia y acierto, que en breve tiempo aprendió perfectamente el idioma turco, y se llevó tras sí el afecto de su señor y el de toda la nobleza musulmana; de forma, que para conseguir cualquiera gracia del gran sultan no habia conducto mas seguro que el de Pierres. Mucho aliviaban las penas de este noble esclavo los singulares favores que el sultan y los grandes le hacian; pero con todo, no eran suficientes á mitigar bastante los disgustos que contínuamente le traian á su imaginacion las memorias de su querida Magalona, cuyos disgustos procuraba disimular por no dar nada que entender al sultan.

En esta forma vivió Pierres cuatro años: un dia que el gran sultan habia ofrecido conceder gracias á todos sus vasallos en celebridad de una gran victoria que habia ganado, aprovechando tan oportuna ocasion se postró Pierres delante de él y le dijo: señor, cuatro años hace que estoy en tu córte, cuyo tiempo he recibido de tu liberal y

poderosa mano tantas honras y favores que no es posible sujetarlos á número fijo, de lo que estoy en extremo agradecido; en vista de lo cual vengo determinado á pedirte hoy uno mas, y es el mayor que me puedes hacer... Sin dejarlo que acabara su razonamiento, le dijo el sultan: pide lo que tú quieras, que todo te lo concederé. A lo que replicó Pierres: pues, señor, fiado de esa palabra, te suplico rendidamente me des licencia para pasar á Provenza á ver mis queridos padres, que hace años no los he visto: este favor te pide mi humildad, al cual viviré siempre reconocido, teniéndolo como el mayor de cuantos he recibido de tu bondadosa mano.

Cuando el sultan oyó lo que Pierres le pedia, se quedó al punto suspenso, y al cabo de un rato le dijo: si hubiese sabido lo que me ibas á pedir, de seguro que no te hubiera dado el sí antes de oirlo; pero bajo la palabra de honor que me has de dar, de que en breve te volverás á mi córte, te otorgo la licencia; dispon el viaje para cuando quisieras, y Alá te guarde. Pierres, manifestándole su mucho agradecimiento, le besó humildemente la mano y le pidió el pasaporte, el cual mandó se le diese tan ámplio como si fuera para su misma persona, entregándole al mismo tiempo mucha cantidad de monedas, joyas y piedras preciosas, todo lo cual puso en doce toneles: y despedido del sultan y de toda la nobleza, se fué al puerto donde quiso su buena suerte hallara un navío que partia para Provenza, en el cual se embarcó y dió principio á su novegacion, en la que lo dejaremos por dar cuenta de los sucesos que ocurrieron á Magalona.



CAPITULO VII.

Habiendo despertado Magalona y no hallando á Pierres, resolvió irse á Roma en traje de peregrina, y de allí á Provenza, donde entró á servir en un hospital, en el cual le pasaron varios sucesos con los padres de Pierres.

Luego que despertó Magalona y vió que su querido Pierres no estaba junto á ella ni lo alcanzaba á ver, se levantó con mucha prisa, y andando de uno en otro lado, con grandes y lastimosas voces lo llamaba; mas viendo que no le respondia ni parecia, fué tan grande la angustia que la dió, que, acometida de un desmayo, cayó en tierra sin sentidos. Vuelta en su acuerdo, volvió otra vez á buscarlo y llamarlo, y viendo que no lo hallaba en parte alguna, fatigada y llorando amargamente, decia: ¿qué delito he cometido contra tí, querido Pierres, para que así me hayas dejado sola y desamparada en estos montes? ¿dónde está tu ponderado amor y nobles sentimientos? ¿dónde la palabra que con tantos juramentos me ofreciste cumplir? Mas, ¡ay de mí! que no me puedo persuadir que en corazon tan noble quepa tan alevosa maldad. No puedo ni quiero creer que de tu voluntad te hayas ido y me hayas dejado en este total abandono. Sin duda algun traidor te ha muerto; mas si esto es así, ¿cómo es posible que yo viva? ¿á qué desdichada amante le habrá sucedido semejante aventura? ¡Oh fortuna, y qué poco tiempo me favoreciste! Si supiera dónde estabas, querido Pierres, yo te iria á buscar aunque fuera al fin del mundo. Estas y otras lamentables palabras decia la afligida Magalona, quejándose amargamente de su fortuna, sin dejar por eso de escuchar y ver si podia descubrir algun rastro de su querido Pierres. En este triste estado pasó todo el dia; y viendo que se acercaba la noche, temerosa de las fieras que en aquella vecina montaña pudiese haber, se subió en un árbol, donde con indecibles penas y angustias pasó la noche, y la amaneció sin haber podido descansar ni un solo instante. Viendo era ya amanecido el dia, bajó Magalona del árbol, y caminando por el monte descubrió una ancha senda, por la cual vió que venia una peregrina; esperó que llegara y saludándola la preguntó qué camino era aquel:

á lo que respondió la peregrina, admirada de verla tan hermosa y sola en aquellos montes, que aquel camino se dirigia á Roma, y que si la podia servir de algo, la mandase. La hermosa Magalona, con muchas lágrimas y corteses palabras, rogó á la peregrina la trocara sus vestidos por los que ella traia, pues para cierto asunto de mucha importancia, la convenia disfrazarse. Apiadada la peregrina de las ánsias y lágrimas de Magalona, condescendió con su súplica, y cambiando sus vestidos, quedó Magalona de peregrina, en cuyo traje tomó tambien el camino de Roma, con la lentitud consiguiente á persona tan delicada.

Con muchos trabajos y penas, caminó Magalona quince dias, al cabo de los cuales llegó á la ciudad de Roma, dirigiéndose en seguida á la gran Basílica del Vaticano, y despues de haber hecho oracion al apóstol San Pedro, á quien con muchas lágrimas pidió por Pierres, anduvo varias veces por toda la ciudad indagando y preguntando á cuantos peregrinos encontraba por su inolvidable querido; mas viendo que ninguno le daba noticia de él, determinó embarcarse para Provenza, por ver si en su tierra se sabian algunas noticias de su paradero. Con este designio se dirigió al puerto, y hallando oportunamente una embarcacion que iba á Provenza, ajustó su viaje con el capitan, y entrándose en el buque al dia siguiente, levantaron el ancla y se hicieron á la vela para dicho punto.

Veinte dias navegaron con vientos varios, y al veinte y uno llegaron al puerto de Provenza. Saltó en tierra Magalona, y entrándose en la ciudad pidiendo limosna á estilo de peregrina, una piadosa mujer viéndola tan hermosa y de tan poca edad, la recogió en su casa, en la que permaneció algunos dias, en cuyo tiempo tuvo lugar Magalona de informarse por aquella buena mujer de los usos y costumbres de aquel país, y asimismo de cómo el conde y la condesa, padres de Pierres, vivian muy disgustados á causa de que un solo hijo que tenian hacia ya mucho tiempo que con el motivo de salir á ver mundo faltaba de su casa y no habian tenido noticia alguna de si era muerto, ó vivo, con cuyo motivo vivian, tanto los condes sus padres como sus vasallos y criados, muy disgustados.

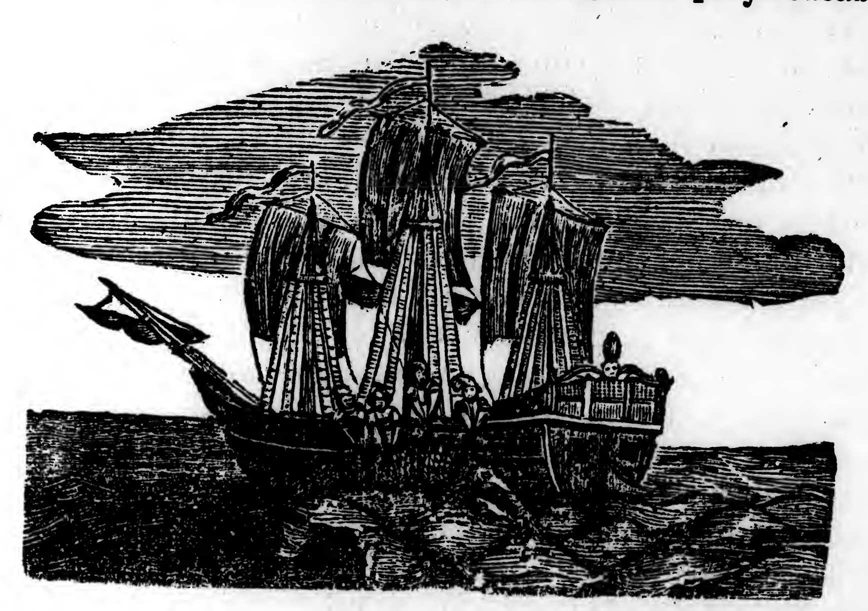
Enterada la hermosa Magalona de que Pierres no habia venido á Provenza, se convenció de que no la habia dejado por su voluntad, y sí con el motivo de algun estraño acontecimiento; y así se determinó á quedarse en aquella ciudad, hasta ver si con el tiempo pareceria ó se podia averiguar si era muerto ó vivo, ó en qué paraje del mundo se hallaba; y para poder hacerlo con mas recato y reco-

gimiento se entró á servir en un hospital, en el cual á honra y gloria del Apóstol San Pedro, se curaban cuantos pobres, peregrinos y navegantes pasaban por aquel país.

Admitida Magalona en el hospital, ejecutaba las obras de misericordia que su cargo le imponia, con tanto ardor y caridad, que en poco tiempo se grangeó el sobrenombre de santa, por cuya fama fueron á visitarla, entre otras personas notables, el conde y la condesa, la cual despues de haber hablado de varias cosas, con muchas lágrimas contó á Magalona el mucho tiempo que faltaba su hijo Pierres de su casa, y ninguna noticia tenian de él, suplicándola encarecidamente rogase á Dios se le tragera. Magalona, muy lastimada de las lágrimas de la condesa, la ofreció encomendar á Dios este caso, consolándola con muy dulces palabras. Tan prendada quedó la condesa de la virtud, hermosura y discrecion de Magalona, que á mas de ofrecerla su favor y ayuda, era muy raro el dia que no la visitaba, por tener el gusto de conversar con ella un rato.

Mas de tres años vivió la hermosa Magalona en este santo ejercicio sin perder las esperanzas, así ella como la condesa, de volver á ver á su querido Pierres, las que dió ocasion, al parecer, á que se les frustraran con el caso siguiente:

Entre los peces que los pescadores de aquella playa sacaban, un

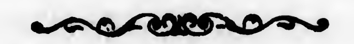


dia venia uno tan grande y disforme, que por su rareza determinaron regalarlo al conde; llevado que fué y abiertas sus entrañas, le hallaron en ellas la cinta y los tres anillos que el ave se habia llevado.

Alborotados los criados con este raro fracaso, se fueron á su señora, y contándola lo que les habia sucedido, le pusieron en la mano los tres anillos, los cuales vistos por la condesa, y conociendo muy bien que eran los mismos que le habia dado á su hijo al tiempo de su partida, y considerando que el traerlos el pescado en las entrañas era indicio cierto de que su hijo Pierres habia perecido en el mar, la dió un desmayo muy fuerte. Alarmóse el palacio con el accidente de la condesa, acudió el conde, y vuelta ella en sí, le dijo: ya no tienes, querido conde mio, que esperar nuevas de tu hijo Pierres, pues nos las ha traido infaustas este pescado; aquí las tienes. Informado el conde de todo lo dicho, lloró amargamente la pérdida de su querido hijo, y mandó que en todos sus dominios se hicieran muchos sufragios por su alma.

Pasados los primeros dias de pena fué la condesa á visitar a Magalona, pidiéndola encomendara á Dios el alma de su hijo. Contóla todo el suceso, y mostrándola los anillos, al punto los conoció Magalona, como que los habia tenido mucho tiempo en su poder; disimulando cuanto pudo la mucha pena que tenia, compadecida al mismo tiempo de la condesa, la consoló lo mejor que pudo, diciéndola, que no porque aquel pescado trajera en sus entrañas los anillos, era indicio cierto de que Pierres hubiese perecido; podia suceder que haciendo una navegacion se le cayeran en el mar, cuyo motivo bastaba para que aquel pescado se los tragara; que no perdiera las esperanzas, pues aun podian no ser ciertas sus sospechas.

Algo se consoló la condesa con los consejos de Magalona, y reiterándola no dejara de encomendar á Dios este asunto, se retiró á su palacio dejando á Magalona tan desconsolada y pesarosa como se puede considerar; en cuyas penas y cuidados la dejaremos para volver otra vez á tratar de los acontecimientos que sucedieron á Pierres.



CAPITULO VIII.

Siguiendo Pierres su navegacion saltó en tierra en una isla despoblada, en la cual se quedó abandonado, y estando ya para morir de hambre fué socorrido por unos pescadores.

Embarcado Pierres, como antes se dijo, en el navío que iba á Provenza, con los doce toneles llenos de moneda y especialísimas joyas, dijo al capitan del navío que venian llenos de sal para un hospital de aquella ciudad; navegaron ocho dias con viento tan próspero que al cabo de dicho tiempo se hallaron á mas de la mitad del viaje, y con el motivo de tomar agua fresca, que les hacia falta, determinó el capitan aproximar el navío á una pequeña isla desierta que en aquel paraje se descubria; pusiéronlo en ejecucion, y entretanto que el navío se proveia del agua necesaria, saltó Pierres en tierra, y entrándose por un espeso y florido valle, distraido en su amenidad, se desvió tanto de la playa, que cuando quiso volverse, perdido el tino, no acertaba á salir al sitio donde habia entrado, y caminando á un lado y á otro le sobrecogió la noche, con cuya oscuridad le fué imposible volver al navío, á pesar de haber oido, aunque tarde, la señal del cañonazo de levantar el ancla.

El caso fué, que habiendo tomado el capitan todo lo que hacia falta, y viendo que habia entrado la noche, llamó á los que habian saltado en tierra para darse á la vela, y viendo que faltaba Pierres, entraron por el valle y á grandes voces le llamaron; mas él estaba tan retirado que nada pudo oir; en vista de lo cual entraron todos á bordo, y por última señal dispararon algunos cañonazos, y aguardaron

un poco mas de tiempo por ver si vendria, pero nada se consiguió. Viendo el capitan que no parecia, y que el viento venia favorable para su navegacion tendió las velas, y siguiendo su designado rumbo se dirigió á su destino.



Quedó pues el desdichado Pierres en el mas apurado lance que pueda encontrarse criatura humana, rendido completamente de fatiga, estenuado por falta de alimento que empezaba á sentir, y terriblemente conmovido al considerar la fatal estrella que le perseguia, cuya serie de infortunios le habian conducido á la triste situacion en que se hallaba, empezaron á faltarle las fuezas, se dejó caer al suelo desmayado, y por largo rato permaneció sin sentido;

volvió, finalmente, en sí la noche habia cerrado enteramente, de modo que no se distinguian los objetos á seis pasos de distancia; sin embargo, se levantó como pudo lleno de temor, hincó las rodillas, y levantadas las manos al cielo hizo una humilde oracion suplicádole al Señor que le mirase con ojos de piedad amparándole en tal conflicto.

El buque llegó por fin á las costas de Provenza, y tan luego como hubo arribado al puerto, descargó el capitan su navío, y echando en tierra los doce barriles de Pierres, mandó los entregasen al hospital de San Pedro, pues sabia por su dueño que venian para dicho hospital, los cuales fueron entregados á Magalona, como superiora, diciéndola tomara aquellos doce barriles de *sal*, que segun declaracion de un caballero que venia en aquel navío, y se habia quedado en una isla bastante distante de allí, traia para darlos de limosna en favor de aquel establecimiento. Magalona tomó los barriles, agradeciendo la buena obra; y un dia que hizo falta sal para el gasto de su hospital, abrió uno y viendo que venia lleno de monedas y otras muchas alhajas de inestimable valor, abrió los otros restantes, y hallándolos todos llenos de la misma especie de monedas y alhajas, los dejó quietos por si parecia su dueño; mas viendo que ya iba pasado mucho tiempo y nadie se presentaba á preguntar por ellos, determinó emplear aquellas alhajas y monedas en aumento del hospital y acrecentar la iglesia y todos sus adornos; hízolo así, y en breve tiempo concluyó la obra con admiracion de todos los naturales y extranjeros. En cuyas buenas obras la volveremos á dejar, y trataremos ahora del desconsolado Pierres.

El desventurado jóven pasó una noche fatal en aquella solitaria isla, y luego que amaneció empezó á caminar por los valles y selvas, hasta que al fin acertó á llegar á la playa donde habia dejado el navío; y viendo que no estaba allí ni se descubria en cuanto alcanzaba la vista, lleno de mortales angustias se sentó en una alta peña, y con muchas ansias se quejaba amargamente de su fortuna, pues que despues de haber perdido á su muy cara y amada Magalona, y de haber estado tanto tiempo en poder de los infieles, pensando ya que sus desdichas iban á tener fin, se hallaba en una isla desierta sin tener que comer ni en dónde poderse albergar, en cuyo desamparo creyó inevitable rendir la vida.

Estas y otras serias reflexiones estaba haciendo el triste y desamparado caballero, con lo cual se le fue pasando el dia, y viendo que la noche caminaba con paso presuroso, por librarse del mucho

frio que en aquella tierra hacia, y temeroso de la voracidad de las fieras que pudiese haber, se levantó, y discurriendo por aquellos valles, halló una pequeña y angosta cueva, en la cual se entró, obligado del mucho frio que ya sentia, pero temiendo siempre encontrarse con alguna fiera. Allí pasó la noche con tanta pena como se deja comprender. Venida la mañana, salió de su albergue, y hostigado por el hambre comió de algunas frutas silvestres que aquel pais producia. Se fué hácia la playa por ver si de alguna embarcacion podia ser socorrido; y acabado el dia sin hallar consuelo humano, se volvió á la cueva á pasar la noche.

Nada menos que ocho meses estuvo el desamparado Pierres en esta despoblada isla, en cuyo tiempo no comió otras viandas que las pocas y desabridas frutas silvestres que producia, con cuyo motivo se quedó tan flaco y estenuado, que apenas podia ya andar lo poco que habia desde la cueva á la playa, en la cual estando una mañana repasando el procèso de su desdichada suerte y pensando en el estado en que se hallaria su querida Magalona, le acometió un desmayo, que cayendo en tierra sin sentido se quedó como muerto. En esta situacion continuaba el noble caballero, cuando arribó á la isla una embarcacion mercante, que necesitados de agua saltaron en tierra algunos marineros para tomarla, y como viesen aquel gallardo mancebo tendido en el suelo, pensando estaba muerto se llegaron á él, y viendo que aun daba señales de vida, movidos de cristiana caridad le llevaron al buque y arropándole y dándole algunos licores le volvieron del desmayo. Vuelto en su acuerdo el noble Pierres agradeció lo mejor que pudo á los marineros la obra de caridad que con él habian hecho, y no teniendo otra cosa con qué pagarles aquella accion, se quitó un hermoso anillo de mucho valor, y dándosele al patron, le dijo que lo vendiese tomándose para sí la mayor parte de su producto, y distribuyera lo restante entre los demas marineros, los cuales conociendo el mucho valor del anillo, quedaron muy contentos con tal retribucion.

CAPITULO IX.

Llega Pierres á Provenza con la embarcacion, y en vez de ir á su casa le ocurrió hospedarse en el hospital que justamente dirigia Magalona, y ambos se conocieron por fin.

Dispuesto el buque para continuar su viaje, Pierres creyó oportuno guardar cierta reserva en dar esplicaciones sobre sus pasadas aventuras, y suplicó al patron que si no le irrogaba gran perjuicio, le agradeceria dirigiese el rumbo á Provenza; este se lo ofreció y dieron principio á su navegacion, en la cual hablando los marineros entre sí de varias cosas, trataron del magnífico hospital de San Pedro, de la suntuosa obra que en él habia hecho la hospitalera, de la mucha hermosura de esta y de la grande caridad con que asistia á los pobres enfermos y peregrinos; de forma, que tanta fue la exageracion y alabanzas de los marineros, que movida la piedad de Pierres, ofreció al apóstol San Pedro que si llegaba con felicidad á Provenza habia de servir á los pobres en su hospital un mes, antes de ir á ver á sus padres. Con este buen propósito siguieron su navegacion, y en breve tiempo llegaron á Provenza; saltaron en tierra, y Pierres se fue hácia el hospital á cumplir su promesa que habia hecho de servir un mes á los pobres enfermos; mas iba tan flaco y delicado, que fué preciso, de pronto, que se metiese en una cama para reponerse. Acudió Magalona á cuidar de su salud, y sin conocerlo se interesó tanto por él que mandó lavarle y le suministró todo lo necesario de su alivio. Ocho dias estuvo Pierres en cama sin ser conocido de Magalona ni esta de él, en cuyo tiempo notó que Pierres no dejaba contínuamente de suspirar, y movida de caridad, se llegó á él y le dijo con mucho cariño: hermano mio, ¿por qué suspirais tanto? Si os hace falta alguna cosa decidmelo, y al punto se os administrará, pues en esta santa casa nada de lo necesario falta. Pierres la agradeció mucho su oferta y la respondió que ninguna cosa

necesitaba, que la causa de sus pesares no tenian remedio. Volvió Magalona con mucho cariño á decirle, que á veces donde menos se esperaba solian hallar alivio los mayores pesares, y que las penas comunicadas, cuando no tuviesen entero remedio, por lo menos tenian algun alivio. Excitado por estas razones y el mucho agrado de Magalona, se determinó Pierres á contarla la causa de sus tristezas; y así, sin citar nombres ni patria, la contó en compendio toda su historia, trabajos y aventuras, encareciendo, sobre todo, que la mayor pena que tenia era haber quedado aquella noble y hermosa doncella en tal desamparo y peligro, y sin saber en qué habria venido á parar,

Cerciorada Magalona de que aquel era su idolatrado Pierres, fué menester se valiera de toda su prudencia para no darle á entender el mucho gozo que de la relacion habia recibido, y disimulando cuanto pudo, le dijo: hermano mio, no os acongojeis, que quien os ha sacado y librado de tantos y tan grandes peligros os traerá á vuestra cara y deseada esposa: tened paciencia y confianza en Dios, y creed que despues de las tribulaciones se siguen los placeres: yo de mi parte se lo pediré al apóstol San Pedro, á quién está dedicado este santo hospital. Diciendo esto se despidió de Pierres dejándole algun tanto mas consolado que estaba antes.

Retiróse Magalona á su retrete, dió muchas gracias á Dios por el beneficio tan grande que la habia concedido con el hallazgo de su querido Pierres: en toda aquella noche no pudo dormir de alegría y alborozo que sentia en su interior. Venida la mañana hizo que sigilosamente la trajeran varias telas de oro y brocados, de los cuales mandó hacer muy costosos vestidos para ella y Pierres, y hechos que fueron, un dia que Pierres estaba ya mejor y habia recobrado fuerzas, le llamó á su aposento, en el cual estaba Magalona vestida con el mismo traje que cuando salió de su tierra, pero tapada lo mas de la cara con la toca para que no la conociese. Dijo á Pierres que se sentara, y volviendo á recordarle sus aventuras, le interrogó diciendo: caballero, si en el dia de hoy viérais á vuestra querida, ¿qué hariais? A lo que respondió Pierres: señora, si tal aconteciera, estoy cierto que el gusto de verla me habia de afectar tanto, que acaso me costara la vida. A esto, sin poderse contener, replicó Magalona: pues bien, prevenios para morir, porque estoy cierta que hoy ha de llegar á esta easa y la habeis de ver sin falta alguna; en vista de lo cual, ved ahora, ¿qué me dareis en albricias de esta tan gustosa noticia? Pierres, alborozado y lleno de

confusion, la dijo: señora, ha llegado á tanto mi pobreza, que no tengo otra cosa con que pagaros tan gustosa nueva que con un eterno agradecimiento y un singular afecto. Magalona le respondió: este es el que yo estimo, y en recompensa ved aquí á vuestra prometida esposa Magalona: y dejando caer la toca que cubria su hermosa cara la reconoció Pierres, de cuyo no inesperado gozo le dió un accidente que estuvo mucho rato fuera de sentido. Vuelto en su acuerdo le echó los brazos al cuello, y derramando abundantes lágrimas, se dieron, sin proferir palabra, uno á otro mil parabienes. Despues se sentaron, y largamente contó Magalona á Pierres todas sus aventuras y trabajos desde que se quedó sola en el monte hasta el estado presente, y asimismo le dió cuenta de los doce barriles de moneda y joyas que habia recibido del capitan del navío, de los cuales habia gastado la mayor parte en reedificar y aumentar aquella santa casa. Todo lo dió Pierres por bien empleado, y reproduciendo el relato de su historia, la contó á Magalona muy detalladamente cuantos trabajos y aventuras le habian pasado desde que faltó de su amable compañía.

En tiernísimos coloquios pasaron el dia, y llegada la noche, Pierres se retiró á su cuarto y Magalona se quedó en su retrete tan contenta y gustosa con el hallazgo de su querido Pierres, como lo estaba este con su dulce y amada Magalona.

CAPITULO X.

Pierres y Magalona se presentaron al conde y á la condesa, los cuales, en celebridad de tan feliz acontecimiento mandaron celebrar muchas fiestas y regocijos, á los que siguieron las bodas: en cuyo estado vivieron dilatados años colmados de felicidades.

Al dia siguiente de haberse reconocido, propuso Magalona á Pierres, que si le parecia bien, que ella iria á dar cuenta á sus padres de su venida, á lo que respondió Pierres que aun no era tiempo, porque él habia hecho voto de estar en aquel hospital sirviendo

á los pobres un mes antes de presentarse á sus padres, y que aun le faltaban cuatro dias para cumplirlo: á lo cual respondió Magalona, que ella lo dispondria de forma que se les diera entretanto algunas esperanzas para su consuelo, sin asegurárselo todo. Pierres se conformó con el parecer de su querida Magalona, la cual se fué á casa de los padres de Pierres, que, como se ha dicho, la estimaban mucho, y sacando la condesa la conversacion de la ausencia de su querido hijo, la dijo Magalona: «señora, no os acongojeis, pues casi me atrevo á aseguraros que antes de cuatro dias vereis á vuestro hijo en esta casa, sano, y libre de todo mal; no os digo mas por ahora; rogad á Dios, que todo se cumplirá como yo os lo digo.» Con esto se retiró Magalona al hospital dejando á los padres de Pierres tan sorprendidos, y al mismo tiempo tan consolados como se deja discurrir.

Pasados los cuatro dias, y llegado el domingo, se fueron el conde y la condesa al hospital de Magalona, por verla y preguntarla cómo era que no se habia cumplido la oferta que les habia hecho; mas Magalona, que esperaba esta ocasion, los tomó por la mano, y entrándolos en su aposento, les dijo que esperasen allí un rato. Los condes, muy conmovidos, se sentaron por ver en qué paraban sus esperanzas, y en el ínterin, Magalona se dirigió al cuarto de Pierres previniéndole que sus padres le estaban esperando, que se vistiera con el traje que le habia mandado hacer, y ella se adornó ricamente al estilo de su país, y juntos entraron en el cuarto donde estaban los condes.

Al presentarse Pierres á sus padres hincó la rodilla en tierra, les besó la mano con mucha humildad y despues de mil recíprocas ternezas, presentándoles á Magalona, les dijo: esta jóven que aquí veis, es aquella por quien yo me partí de vuestra amable compañía, es hija del rey Turlino de Suecia, y mi muy querida, amada y prometida esposa. Atónitos y confusos se quedaron el conde y la condesa con tan repentina y plausible novedad, y sin detenerse en pedir ninguna especie de explicaciones, se arrojaron á ellos, y con muchas lágrimas de alegría les abrazaron tiernamente. Contar los extremos de cariño que el conde y la condesa hicieron, no es posible, por lo que los dejo á la consideracion del discreto lector, y siguiendo el curso de la historia, diremos, en conclusion, que todos juntos se fueron al palacio del conde, en el cual, informados minuciosamente de las aventuras y trabajos que así Pierres como Magalona habi- pasado, se divulgó tan extraordinario acontecimiento por la ciu-

y fueron visitados de toda la nobleza, que con muchos regocijos y fiestas públicas celebraron la venida de su señor Pierres y la hermosa Magalona, para cuyas bodas se ejecutaron muchas comparsas de máscaras, torneos y otras diversiones que duraron mas de un mes. Con singular gusto y alegría vivian los dos queridos esposos, Pierres y Magalona, no menos gustosos el conde y la condesa con la amable compañía de su querido hijo y de la hermosa Magalona, á quien estimaban con tanto amor y cariño como á Pierres; diez años disfrutaron de estas satisfacciones, al cabo de los cuales adoleció el conde de una mortal enfermedad que le llevó al sepulcro, y al poco tiempo murió igualmente la condesa, cuyos cuerpos fueron sepultados con la debida decencia y pompa en la iglesia de San Pedro.

Pierres y Magalona tuvieron un hermoso hijo, que con el tiempo llegó á ser un valiente y esforzado caballero, el cual por muerte de sus padres, al cabo de treinta años, heredó el condado y todos los estados de Provenza.

FIN.